

LA SEMANA SANTA EN CASTILLA

Por JOSE SANZ Y DIAZ

POETAS, pintores e imagineros, al compás de la lira, del pincel o de la gubia, cantaron a lo largo de los siglos el fervor religioso de España. Nuestro pueblo es un pueblo que sueña y ora, que sabe conservar su fe y sus costumbres en el ánfora de la tradición, como un tesoro que es herencia de milenios. España, recobrada, exhibe cada año por Semana Santa, con unción fervorosa, con esplendor siempre renovado, el largo rosario de sus lienzos incomparables y de sus imágenes religiosas, esas tallas de prodigio que hicieron exclamar al poeta:

«Oye un momento, escultor:

¿Cómo lograste labrar

esta efigie del dolor

que hace, con verla, llorar?

Por los días conmemorativos de la Pasión, todas las ciudades españolas rivalizan en procesiones que dejan con su grandiosidad y su fervor suspenso el ánimo de los extranjeros.

Así, año tras año y siglo tras siglo. Todas las generaciones de artistas y de literatos dejaron su estela, su óbolo en pro de nuestra Semana Santa. Se cantó siempre el dolor de la Pasión y la suntuosidad de los cortejos.

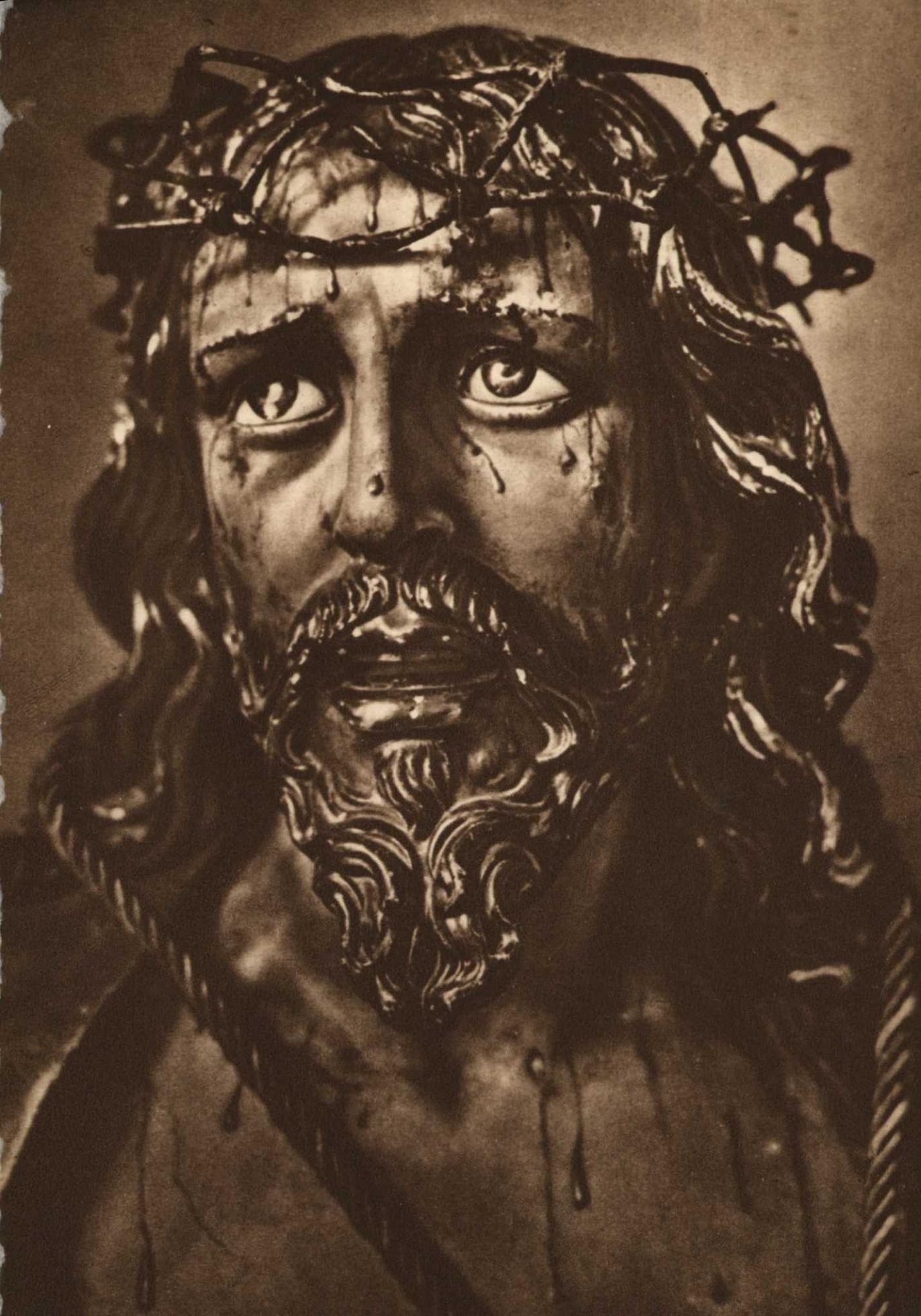
Sin embargo, no todo es amargura y riqueza en las procesiones españolas. El campo es pobre y alegre el día en que el Señor resucita. A reflejar esta estampa nacional, campesina, tiende nuestro propósito de hoy.

Al campo llega la Semana Santa con los primeros soles de abril, cuando se han desrrobotado los corderos y dan su intenso olor las violetas. Después de la Cuaresma dolorida viene el Sábado de Gloria y el Domingo de Resurrección, con alegre repique de esquilones y ágil volteo de campanas. Los pájaros de bronce vuelan con sus ecos por los valles y las alquerías, anunciando a los cristianos el dulce Jesús de Galilea.

Se estremecen de júbilo las espadañas de los templos aldeanos y de gozo las almas sencillas que pueblan el agro. ¡Hosanna! ¡Cristo ha resucitado! La alegría inunda los rostros de las mozas en la fuente, que ese día lucen sus mejores galas, y acrecienta la ruidosa algazara de los muchachos, que juegan *al toro* en la plaza.

La mañana suele estar clara y en el azul del cielo sube el humo dormido de las chimeneas. Las mujeres trajinan en la hondura de los hogares y preparan guisos bienolientes. Es día de asueto para los hombres, que soltaron a la *dula* sus animales de labor.

Los pueblos de España tienen en este Domingo de abril la alegre y honrada humildad de las cosas sencillas, de la fe recia, bien sentida. La Resurrección del Señor pone en todas las aldeas el mismo estremecimiento gozoso: en las del Norte —Cantabria y Galicia—, húmedas y dulces; en las de Andalucía, blancas y so-

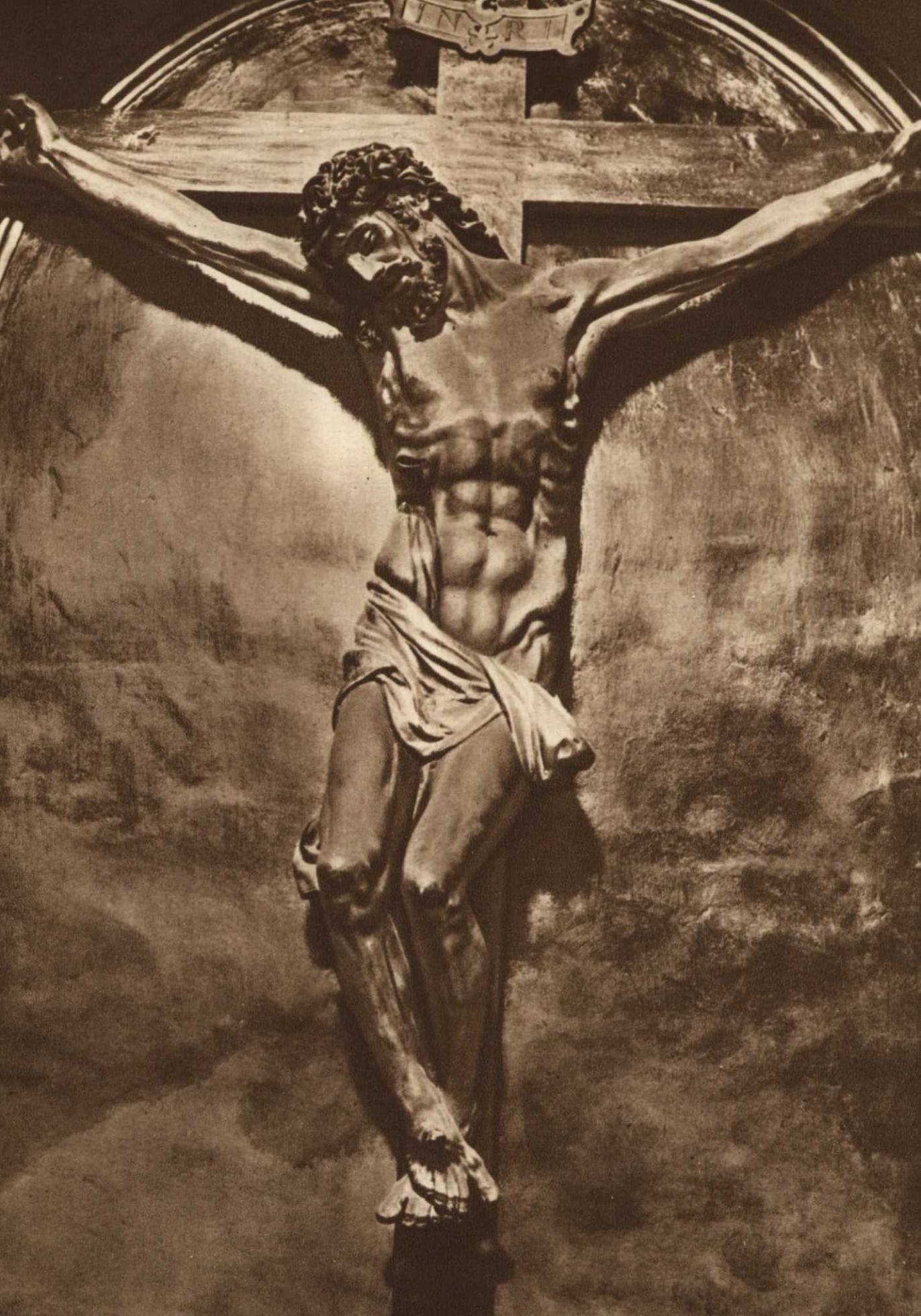




NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS.—*Juan de Juni* (1564).



NUESTRA SEÑORA DE LA QUINTA ANGUSTIA.—*Gregorio Fernández* (1618).



CRISTO EN LA CRUZ, DE LA PRECIOSA SANGRE.—*Juan de Juni* (1572).

leadas; lo mismo en las de Aragón, que en las de Cataluña; igual en Extremadura que en Castilla y Navarra.

Todo en los pueblos rezuma ese día glorioso paz y catolicismo: las casas iguales, el arroyo manso, los chopos orantes, la iglesia medieval y el cielo terso, sin una nube.

Las gentes campesinas son madrugadoras y se levantan con el alba, hasta en el Domingo de Resurrección. Las mujeres se afanan en las cocinas, llenan los cántaros, aliñan los guisos, visten a los chicos y lo preparan todo, con el fin de estar libres y peripuestas para cuando toquen a Misa mayor. El cronista añora estos cuadros, porque —igual que Gabriel y Galán— ha nacido:

*«...en esos llanos
de la estepa castellana.»*

Al fin suena la campana, anunciando con tres toques o señales que el Oficio divino va a empezar. Entonces, grave, ritualmente, el Concejo en pleno —brincas capas de paño pardo, haldudos sombreros— sale de la Casa Consistorial o del Ayuntamiento y se dirige a la del Párroco, al cual acompañan solemnemente hasta el templo.

El sacerdote oficia la misa, entre las luces parpadeantes de los hachones y el olor litúrgico del incienso. El pueblo, arrodillado, reza con fervor y atenta mirada.

Por último, sale del templo una procesión, que presiden el Párroco y las Autoridades locales. Delante va la bandera de la iglesia, que enarbola con arrogancia un buen mozo. Detrás, unas cuantas imágenes sencillas, ingenuamente concebidas por la gu-bia andariega de cualquier artista anónimo. ¡Nada de tallas de Montañés, ni de «grupos» de Salcillo! Si acaso, influencias remotas de Hernández y Berruete.

El sol de las once asoma su rostro apoplético por encima de la giba de un cerro, ávido de contemplar el cuadro. Se detiene el cortejo. La liturgia deja oír sus cánticos de alabanza al Resucitado. La gente madura mira el religioso espectáculo con pupilas cargadas de añoranzas y hace, *in mente*, comparaciones entre ésta y tantas otras procesiones como ellos conocieron. El sacro cortejo tradicional acaba bajo los rústicos porches de una ermita, que tiene nidos de golondrina en las recias vigas del alero.

* * *

Así celebran, año tras año, siglo tras siglo, los pueblos españoles la Semana Santa, con su colofón de alegrías, que es la Pascua. Es que el pueblo sencillo gusta inundar su alma en la infame emoción de los sacros cortejos, en honor de Jesús redivivo.

